

J. M. BARRIO MAESTRE, *Positivismo y violencia. El desafío actual de una cultura de la paz*, Eunsa, Pamplona 1997, 264 pp.

La paz se ha convertido en uno de los grandes desafíos culturales y educativos de nuestros días; y lo es porque la violencia sigue siendo un acontecimiento cotidiano, y, por tanto, un tema casi obligado para quien no se desentienda del entorno humano de las sociedades occidentales.

El libro de Barrio Maestre pretende ofrecer una reflexión acerca de los aspectos radicalmente antropológicos que entran en juego a la hora de promover actitudes y hábitos encaminados a que las jóvenes generaciones aprecien y valoren una cultura de la paz. Para ello, se propone abordar un examen riguroso del tema que pueda ofrecer puntos de luz a la hora de la planificación, diseño, ejecución y evaluación de las tareas necesarias para su logro. Y lo hace desde un diagnóstico de los elementos socio-culturales que integran lo que denomina como “violencia cultural”, y desde la perspectiva propia de la antropología filosófica (pp. 11-12).

La tesis central que mediante este ensayo el autor pretende desarrollar es que la mentalidad típica del positivismo, caracterizada como “el puro ateni-miento a los hechos”, y el éxito que ha tenido en la conformación cultural de nuestra época, puede ser considerada como el factor más relevante a la hora de examinar la etiología de la violencia moderna (p. 13). La inclinación violenta, a su juicio, no puede decirse que sea un elemento formalmente constitutivo de esta mentalidad, pero sí lo fenomenológicamente manifestativo. La lógica del positivismo sería violenta porque inspira un trato con la realidad, especialmente con el hombre, que lo reduce y que no se corresponde con su verdadera índole.

El primer capítulo del libro («Positivismo y violencia», pp. 19-41) está dedicado a explicar este problema. Por un lado, el positivismo es visto no como una corriente filosófica, sino más bien como una cierta sensibilidad, un modo de pensar y un modo de vivir en el que manifiestan su presencia una

serie de actitudes y valores. Esos valores serían la utilidad, la eficacia, la sencillez, la ponderación, y el dominio; y, su principal actitud el atenuamiento a «lo que hay», es decir, la pretensión de reducir el ámbito de lo real al de lo fáctico (p. 26). Por otro lado, la violencia es considerada como aquella agresión contra la tendencia nativa de algo, contra la orientación que nace del propio ser o esencia de ese algo. Violentar es, por ello, forzar la inclinación natural de un determinado ser, arrebatarlo de su curso propio, desviarlo de su fin (p. 22). Desde esta perspectiva se entiende que la mentalidad positivista al reducir la realidad a lo meramente fáctico lo que hace es violentar el carácter de la misma realidad, confinándola en los límites de lo meramente instrumental.

El segundo capítulo («Dominio y autodomínio», pp. 43-83) pretende ofrecer una cierta razón de lo sucedido, al explicar esta reducción como condición previa para un dominio absoluto de la naturaleza por parte del hombre. Si todo es un mero hecho, el hombre será capaz de desentrañar las uniformidades que rigen los fenómenos naturales y sociales, de darles una formulación legal, y de actuar consciente y eficazmente sobre ellos merced a la técnica. La observación controlada de los fenómenos es seguida de la formulación legaliforme, y ambas dan lugar a la predicción-previsión del futuro para concluir, finalmente en una adecuada provisión técnica (p. 44).

A juicio del autor, la mentalidad positivista hace que el hombre viva con la seguridad creciente de que llegará el día en que deje de ser siervo de la naturaleza para convertirse en su dueño. Sin embargo, esto presupone dos condiciones: desconfiar de la realidad (pp.45-7) y superar la vieja mentalidad que ponía en la contemplación el fin de la ciencia (pp. 47-8). De este modo la finalidad que queda bajo consideración no es la práctica sino la técnica (no es la acción misma la que importa sino su puro rendimiento fáctico).

Junto a esta explicación, este capítulo intenta aclarar que si el dominio del hombre sobre la naturaleza no va precedido, acompañado y seguido de un dominio moral del hombre sobre sí mismo, el proceso civilizador, considerado como uno de los pilares de la mentalidad positivista, se vuelve contra el propio hombre. La paz depende del hombre, es el resultado del esfuerzo activo por armonizar las inclinaciones naturales y sujetarlas a la razón y a la voluntad. Por el contrario, si dejamos todo al imperio de la técnica, ésta pondrá a nuestro alcance infinidad de posibilidades, pero no nos dará el criterio para saber cuál, entre ellas, es la verdaderamente humana (pp. 74-81).

Los capítulos tercero y cuarto («Aspectos peculiares de la violencia moderna», pp. 85-97 y «Rasgos violentos de la cultura actual», pp. 99-162) están dedicados a la descripción de la anomia y de los rasgos violentos de la cultura

actual. La mentalidad positivista genera, a juicio del autor, toda una serie de rasgos patológicos como el *tedium vitae*, la desesperación, la violencia contra una existencia que se antoja absurda, debidos a la imposibilidad de encontrar un fundamento a lo real, de modo que el mundo deviene insostenible. El hombre moderno es un hombre anónimo, ya que su estado de ánimo puede considerarse como el de aquella persona cuyas raíces vitales han sido arrancadas. El arraigo del hombre queda a la merced de la facticidad socio-cultural.

En el quinto capítulo («Hacia una cultura de la paz a través de la paideia», pp. 163-210) el autor propone lo que le parece la clave para la incorporación de muchos elementos positivos del discurso de la modernidad: la promoción de la paz como tarea cultural, fundamentalmente educativa. El positivismo conduce a un relativismo axiológico que llevado a sus últimas consecuencias impide la vida social. Según Barrio Maestre la democracia misma es imposible sin una especie de filosofía común, sin la posibilidad de apelar a ciertas instancias comunes que sean significativas para todos. Y esas instancias no son sino aquello que puede entenderse como valores morales que sería menester que fuesen efectivamente valorados por una mayoría social relevante (p. 168). Sin la conciencia moral informada por esos valores lo único a lo que puede apelarse de manera eficaz como justificación de la obediencia es el castigo. De este modo, en el Estado moderno, quien rehuse obedecer la voluntad general debe ser obligado a ello por toda la sociedad, lo que no significa otra cosa que se le forzará a ser libre (p. 176). Por ello, la tarea por la paz no puede reducirse a la adquisición de determinadas competencias sociales, sino que debe ser integrada en el contexto de la educación moral.

El último capítulo del libro («La paz posible», pp. 211-242) está dedicado a la cultura de la paz, en particular la superación de la tensión entre la razón técnica y la razón práctica. La consecución de la paz depende, como ha desarrollado a lo largo de todo el libro, de la reproducción social de una serie de valores que son de orden moral. Para ello, reivindica el papel de la utopía, de una utopía practicable, realizable. Así, el educador, por un lado, deberá propiciar la estima por modelos a los que quepa mirar y admirar, de modo que el ideal se haga practicable. Por otro lado, tendrá que tener en cuenta que lo que se pretende cuando se educa responsablemente no se consigue nunca en definitiva, ya que todo logro en educación es parcial y transitorio (pp. 225-6). Se trata, por ello, de reivindicar expectativas más elevadas sobre lo que el hombre puede dar de sí frente a la actitud paralizante que acaba por conformarse a lo dado y aceptarlo por el puro hecho de que “está ahí”. Como afirma Barrio Maestre, dicho conformismo además de generar dosis profundas de violencia,

termina por impedir todo intento de transformar a mejor la realidad presente (p. 17).

El libro es así una buena síntesis de ideas de distintos autores (entre los que destacan Llano, Ballesteros, Millán-Puelles, entre otros), pero no llega a superar el tratamiento tópico de algunas de las cuestiones que trata. Junto a esto, se echa en falta la aportación de los fenomenólogos italianos (Cotta, D'Agostino) sobre el tema de la violencia, muy destacada en la segunda mitad del s. XX.

Pese al esfuerzo del autor por tratar el tema con profundidad, se advierte una cierta simplicidad a la hora de tratar algunas cuestiones. Así, cuando trata de caracterizar lo que denomina "mentalidad positivista" lo hace de tal modo que todas las propuestas dadas por la modernidad aparecen como absurdas o contradictorias. A lo largo de todo el libro no se encuentra ningún intento por comprender los problemas en los que estaban inmersos los filósofos que son considerados como positivistas. Esto da lugar a que tanto la posición que el autor defiende como la que critica queden configuradas como dos posturas filosóficas entre las que no cabe ningún tipo de diálogo.

Las contradicciones se hacen patentes cuando Barrio Maestre, en su crítica crítica al aborto procurado, toma tres posturas (el utilitarismo, el consecuencialismo y la ética de la responsabilidad) como si fueran una sola. A mi juicio, para el utilitarismo la consecución de la felicidad es la que marca la pauta o el ideal del obrar humano, y puede ser identificada con el placer; por el contrario, el consecuencialismo, tal y como es mantenido por Smart ("An outline of a system of utilitarian ethics", en SMART, J.J.C. y WILLIAMS, B., *Utilitarianism for and against*, Cambridge University Press, 1980), considerado como uno de sus más prestigiosos representantes, niega la equiparación felicidad-placer, e incluso la de corrección moral-felicidad, para quedarse con la afirmación de la relevancia de las consecuencias o resultados; es decir, que la corrección o incorrección de una acción ha de ser juzgada por las consecuencias, buenas o malas, de la acción misma. A pesar de esta desviación estas dos posturas éticas tienen un punto en común: la corrección moral no puede basarse en las intenciones del sujeto que actúa. Pero esto es precisamente lo que mantiene la ética de la responsabilidad, ya que su característica principal, tal y como es formulada por Barrio Maestre, es que las decisiones se tomen con responsabilidad, ponderando todas sus implicaciones (si esto es así, lo importante no son las consecuencias sino las decisiones).

Otro ejemplo sería la visión del luteranismo como "una invitación a librarse del sentimiento de culpa moral que pudiera surgir tras la satisfacción de los apetitos".

Pese a esta crítica, el libro de Barrio Maestre, como ya he dicho, debe ser leído como un intento de contribuir a una cultura de la paz.

Luis M. Cruz

J. GARCÍA-HUIDOBRO, *Naturaleza y Política*, Edeval, Valparaíso 1997, 149 pp.

Al presentar unas breves consideraciones sobre un libro que vale la pena leer, recuerdo un cuadro de un famoso caricaturista chileno (*Lukas*). Un gozador literario toma en sus manos un libro de su bien provista biblioteca, pero del tomo seleccionado cae un papel donde pueden leerse las siguientes palabras: "el asesino es el mayordomo". Ante un caso tan patético, nadie con buen juicio podría librarse de la sensación de estar ante un saber imprevisto y no deseado. Quien desee recomendar un buen libro, no debe adelantar ninguno de los gozos que proporciona la lectura directa. Quizás lo mejor sea utilizar la obra para aludir a temas que en ella aparecen y que nos interesan a todos. Tal será mi modo de reflexionar sobre el libro *Naturaleza y Política*, del profesor Joaquín García-Huidobro, centrándome en tres nociones clásicas de la filosofía práctica: *physis*, *logos*, *polis*. En esta sugestiva recopilación de ensayos se descubre entre líneas que quizás los viejos novelistas del género policial tenían razones objetivas para considerar al asesino —no siempre era el mayordomo— como el malo de la aventura y para hacer triunfar a un ser humano objetivamente más perfecto. El gran problema de la filosofía política contemporánea es saber si en las prácticas públicas podemos y debemos distinguir tan claramente entre un proceder bueno o mejor y uno malo o peor. Porque en la filosofía práctica hay, en mi opinión, verdades objetivas e importantes; pero, a estas alturas del debate, ninguna de ellas es, como diría Sherlock Holmes, "elemental, mi querido Watson".

Me detendré especialmente en los siguientes aspectos: i) clásicos y modernos en la filosofía política, o sobre las constantes de la naturaleza humana; ii) naturaleza, razón y política, o sobre los presupuestos antropológicos y epistemológicos de la transformación de las conclusiones de la razón práctica, y iii) la imposibilidad de legitimar el estado en su sentido moderno y la malicia de recomponerlo.